



29.08.2013 / Extraído de una publicación de 2012

Resignificar Malvinas en clave geopolítica, geosocietal y geoeconómica

Juan Recce

Director Ejecutivo CAEI
Fundador de PueblosPorMalvinas.org

Comprender Malvinas no es sencillo. Cuando las motivaciones estratégicas suelen ser tan elevadas, y por ello tan distantes de nuestro vivir cotidiano, el fenómeno se vuelve tan “superliminal” que obnubila. Lo obnubilante sin una traducción que genere expectativas concretas y palpables, por su distancia temporal y material, puede llevarnos por el camino de la mera pasión, el tedio o el menosprecio.

Resignificar implica asumir el reto de comunicar una nueva puesta en valor que redimensione la memoria colectiva y la habilite a incorporar “nuevos posibles conocidos” en torno a la problemática geoestratégica de Malvinas, permitiéndonos re-intepretar el valor presente y futuro de Malvinas en tres dimensiones:

- una dimensión geopolítica, es decir, qué está en juego en el gran ajedrez global conducido por los aparatos estatales de las potencias centrales que los moviliza a condicionar la percepción y el margen de maniobra de terceros anticipadamente;
- una dimensión geosocietal, es decir, que hay debajo de ese ajedrez público-estatal que permite o dificulta la aprobación social de tal geopolítica y cuáles son los límites trazados, y bajo qué criterios, para generar tal aprobación o desaprobación
- una dimensión geoeconómica, es decir, cómo actúa el capital privado sobre las otras dos dimensiones y cuáles son los objetos que constituyen la base de la disputa bajo una lógica de presupuesta escasez

¿Qué implica resignificar?

En el mundo social hay normas constitutivas y normas regulativas. Las primeras crean cosas, así, por ejemplo, las normas de truco constituyen el juego de truco, expresan su ser al mismo tiempo en que explican su funcionamiento y condicionan su significación. Sin sus normas el truco no existe. Las convenciones sociales están escondidas en el juego a tal punto que devienen en imperceptibles y por tanto incuestionables para los propios jugadores. Imbuidos en el juego, simplemente juegan. Las normas regulativas, en cambio, reorientan el funcionamiento de las cosas montándose sobre las normas constitutivas que las anteceden, pudiendo cambiarlas pero siempre, en tanto que respeta sus marcos.

Cuando el hombre redescubre que las cosas que él olvidó que había constituido pueden ser reconstituidas, entendidas y denominadas de otro modo, y decide hacerlo, estamos frente a una revolución. Si tal revolución cambia el significado de las cosas estamos frente a una resignificación que reconstituye el valor y la utilidad objeto. Pues si el truco es solo un juego, y este juego no nos sirve, no solo podemos barajar y dar de nuevo, sino también constituir otro juego.



En clave geopolítica

Hace sólo treinta años, las solitarias islas del Atlántico Sur no eran más que una humilde aldea donde la delgada línea entre lo público y lo privado se borroneaba en la frágil ecuación material de una olvidada economía de subsistencia.

La Guerra del Atlántico Sur dio un impulso sin precedentes al crecimiento isleño. Pronto la comunidad isleña devino en una dinámica economía de servicios. La “PyME kelper” beneficiada por el soplo de vida keynesiano insuflado por Reino Unido estructuró su macroeconomía con criterios microeconómicos. Un pequeño complejo empresario bastó para administrar cuatro nichos de gestión: licencias de pesca a barcos de bandera extranjera, concesión de áreas de explotación petrolera a multinacionales del rubro hidrocarburos, turismo y triangulación de capitales financieros. A causa de este modelo, en la práctica, no existe desde entonces una clara diferenciación entre el Consejo de Gobierno de las Islas y los gerenciadore de la PyME, salidos de entre sus vegetativamente estables dos mil habitantes, quienes toman licencias para ocuparse de los cargos públicos.

Malvinas ha dejado de ser un espacio geopolítico irrelevante en el sistema de poder mundial desde el momento en que el bloque de integración regional más importante e influyente de la comunidad internacional se expidió al respecto. En el Tratado de Lisboa, las 27 voluntades soberanas de la Europa Comunitaria han redefinido el valor estratégico de los territorios británicos de ultramar, al igual que lo hicieran con los últimos vestigios de capital geopolítico de las potencias coloniales de los siglos XIX y XX. Malvinas, Guyana Francesa y el Caribe Anglo-franco-holandés constituyen ahora parte del patrimonio residual de las potencias coloniales usufructuable por la Europa Posmoderna.

Si bien el pronunciamiento realizado en el Tratado de Lisboa carece de efectividad jurídica *erga omnes* y la Argentina reaccionó con firmeza en el momento oportuno, Lisboa es un acto político. Malvinas, Georgias del Sur, Sandwich del Sur, los espacios marítimos circundantes y el Sector Antártico Argentino forman ya parte del imaginario geopolítico europeo del siglo XXI.

Es decir, en estos treinta años, el Reino Unido logró un triple blindaje del conflicto: 1) la pretendida autodeterminación de los isleños, 2) su propio reclamo de soberanía territorial y 3) el paraguas de las 27 voluntades soberanas de la Unión Europea.

Malvinas y la Antártida, son para el Reino Unido, parte de un único sistema estratégico de poder, cuyos márgenes se amplían con sus territorios de ultramar ubicados en el centro del Atlántico Sur. Las islas de Ascensión, Tristán de Acuña, Georgias y Sándwich de Sur, le confieren el control logístico del camino de occidente a la Antártida. Aunque los británicos se esfuercen por decir que Malvinas y la Antártida son temas distintos, su punto de proyección logístico es Puerto Argentino.

El cálculo geopolítico sobre Malvinas tiene más que ver con el futuro de la economía real inglesa que con el presente y pasado de la autodeterminación isleña.

En este juego de significaciones constituidas, el poder inglés en el Atlántico Sur devino en un poder “normalizado”. Esta normalización omite y habilita. Por ello, resignificar implica volver a sorprenderse, pero no ante al incremento, sino ante la sola presencia: las capacidades navales británicas en el Atlántico Sur constituyen un gesto ofensivo hacia una Nación que clama por el restablecimiento de las negociaciones bilaterales promovidas por la resolución 2065 de las Naciones Unidas. Cualquier gesto ofensivo merece la atención del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Miremos la historia, toda normalización omite y habilita. No podemos dejar que el rompecabezas del Atlántico Sur y la Antártida se parezca al de Irak, Afganistán o Libia. El poder militar es siempre dual, no existen capacidades militares ofensivas y otras defensivas, depende del contexto interpretativo y de los gestos



políticos que acompañen a tales recursos bélicos. El poder inglés en el Atlántico sur, es un poder ofensivo y usurpador.

El Reino Unido apostó, como lo ha hecho innumerables veces a lo largo de su historia, a la política de los garrotes. La historia da cuenta de cómo su conducta ha condicionado negativamente el porvenir de millones de seres humanos a lo largo de la historia. Echemos una mirada al pasado cercano de los siglos XIX y XX: China, India, África Subsahariana, Medio Oriente, los Balcanes e Irlanda. Echemos una mirada al mundo contemporáneo: Irak, Afganistán, Libia e Irán. En el campo se dice que las vacas son voraces; sino se alambra acaban con las pasturas. El Reino Unido es una de esas vacas voraces que no reconoce ni alambrados ni boyeros.

En clave geosocietal

Nuestro mundo es mundo Europeiforme, es decir, es un mundo constituido a la imagen y semejanza de las necesidades de occidente. Los remanentes de esa arquitectura son los que han habilitado a lo largo de la historia la normalización y la consecuente aprobación social del accionar del poder colonial en el mundo en vías de desarrollo. Violencia (Hobbes), Utilidad (Ricardo) y Escasez (Malthus) representan el hilvanado filosófico constituyente y normalizado de ese sistema Europeiforme, y aun, residualmente Victoriano.

Pero la resignificación social desnormalizadora ya empezó. Miremos a los indignados, miremos la primavera árabe, miremos a los pueblos de América Latina, miremos a China y a la India: nuestro mundo es muy distinto al de la Era Victoriana. Desde 1955 pero mucho más desde el fin de la Guerra Fría, la capacidad de metabolización global de los residuos coloniales activos es cada vez menor.

Dice Zbigniew Brzezinski (no Cox, Sunkel o Wallerstein) que “estamos entrando en una etapa histórica en la que los individuos, en China e India, pero también en Nepal, Bolivia o Venezuela, no toleran más las enormes disparidades en la condición humana”¹.

El surgimiento de nuevas visiones geopolíticas en torno a nuevos actores geopolíticos distintivos, portavoces de aquellos que exigen, cada vez con mayor vehemencia, “una respuesta colectiva de parte de occidente”² de cara a las (in)equidades globales normalizadas en la historia son el caldo gestación de un mundo no europeiforme. El presente de Malvinas se monta en este proceso.

El Reino Unido es Goliat y Argentina es David. Goliat tiene una banca permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas con derecho a veto; tiene un moderno y poderoso sistema de defensa; controla las finanzas globales; aglutina a 54 países sobre 197 existentes en la Comunidad Británica de Naciones; y enarbola con hipocresía el prístino y noble estandarte de la libre autodeterminación de los pueblos, como mascarón de proa de sus “intereses permanentes”.

Aunque la ecuación lineal “newtoniana” es muy asimétrica, David es un “heisenbergiano” que cree en la relatividad, y en el poder superador de la legitimidad y la paz. Sabemos cómo termina la historia de David y Goliat.

En clave geoeconomica

A Malvinas hay que comprenderlo en clave economía real pero con múltiples lupas convergentes: el cambio climático, la biodiversidad de aplicación farmacéutica y la transformación de la matriz energética global. Las oportunidades no dan treguas, o se participa o alpiste.

¹ Zbigniew Brzezinski, Entrevista: *Victory Would be a Fata Morgana*, *Spiegel online International*, 12 de Septiembre de 2006.

² Zbigniew Brzezinski, 2006.



Este momento particularísimo de la historia mundial se asemeja en sus aspectos estratégicos a los de la primera y la segunda revolución industrial, aquellos momentos decisivos en que desde occidente contra occidente se reformularon las normas constitutivas del orden económico global de su época.

En el siglo XXI el Reino Unido lo comprendió y tomó la posta de la economía real con la maquina a vapor, superando rápidamente a la economía especulativa del oro y la plata del orden hispánico. Las “cosas” no le dieron tregua a la “especulación”. En la segunda revolución industrial, Estados Unidos, Alemania y Japón, tomaron la posta que el Reino Unido dejó, apostando a la industria química y el motor a explosión, superando rápidamente al apogeo victoriano del sistema inglés que sucumbía al ritmo de la burbuja de la economía londinense. Cada a uno a su turno, barajo y repartió de nuevo e incluso bastante más.

Desde hace poco más de una década los talleres del mundo se relocalizaron en el sur, el nuevo sur global³, haciendo posible plantear hoy una reconfiguración de la estructura internacional de poder sobre la base de la producción, la economía real, y ya no sobre las finanzas, la economía virtual.

Cuando este proceso de migración intencionada de factores productivos del norte al nuevo sur global comenzó, escondía un proyecto de poder para occidente: la gestión remota de la economía real y acrecentamiento de la burbuja especulativa que alimentaba la economía financiera. Dumping comercial, dumping ecológico, dumping social y dumping financiero fueron los canales por los que las asimetrías que marcan el diferencial entre el independiente y el dependiente. Ese proyecto fracaso.

Aquella migración de los factores productivos al sur había sido pensada como un proceso de inversión extranjera directa vertical, vertical como su incidencia política sobre la economía y las políticas públicas. Dos velocidades, una para el mundo emergente de gran porte, cuya escala demográfica aseguraba mano de obra barata sin costes sociales y licencias para el impacto ambiental. Otra para el mundo emergente de mediano porte, como nuestro país, ponderando una lógica extractiva exacerbada y primarización total de la capacidad productiva.

Países como China, India e incluso Brasil, estaban pensados para ser los talleres del mundo, gerenciados a la distancia y controlados a través de vínculos financieros desde occidente. Para lograrlo fue necesario que la inversión transportara capital, conocimiento y *know how*, en la medida suficiente como para no propiciar un ciclo de autonomía productiva peligroso.

Pero la maquina se salió de control. La inversión fue aspirada abruptamente al ritmo de la movilidad social ascendente propiciada por el empleo y la consecuente ampliación del consumo local. El poder fiscal relativo de estos países se incremento posibilitándoles por primera vez en la historia devenir de deudores en acreedores de los países desarrollados. El G8 no estaba preparado para una relocalización tan abrupta de la economía real en el mundo emergente. La prioridad geoeconomica de occidente hoy, es asegurar el mayor control posible sobre enclaves críticos de economía real pero a la antigua, es decir, con un control real y efectivo del espacio y no mediado por reglas y procedimientos financieros.

Occidente comprendió que la economía real marca hoy el pulso del crecimiento global, pauta la sustentabilidad fiscal de los estados condicionándolos geopolíticamente y ciñendo el universo de posibilidades de su matriz productiva. Malvinas es un pequeño eslabón de este proceso.

El petróleo es un tema importante en la disputa por Malvinas, pero hay más. Malvinas y la Antártida son para el Reino Unido parte del mismo esquema de poder. El destino del reclamo inglés sobre la Antártida y su

³ El sur es más que un mero espacio geográfico, es una idea que re-otorga significado al espacio y al modo en que las relaciones se generan. Cuando hablamos de sur, me refiero a tres ámbitos de relaciones estratégicas que se resignifican para Argentina en clave sureña: el sur regional, con Unasur al frente; el sur global, conocido también como relaciones “sur-sur”; y el sur austral, donde la agenda antártica nos permite entender con otros ojos la cuestión Malvinas y sus connotaciones globales.



consecuente impacto sobre la economía real inglesa de las próximas décadas, está asociado al futuro de la cuestión Malvinas.

¿Cuál es inventario de bienes en disputa? Por un lado, hay agua, todos lo sabemos, pero por sobre todo lo que importa es la biodiversidad desconocida, de alto valor para la industria farmacéutica. A través del Servicio Antártico Inglés, cuyo mayor aportante económico es el consorcio británico de investigación biomedica, el Reino Unido investiga, homologa, clasifica y patenta genomas de organismos que son capaces de vivir a 20 grados bajo cero. La carrera hoy es por el patentamiento de esa biodiversidad.

Por otro lado, están los recursos minerales del subsuelo. Hay 70 veces más recursos sumergidos en los océanos que en la superficie terrestre. Inglaterra tiene que ir afuera de su propio territorio para conseguir los elementos materiales que le aseguren su propia sustentabilidad. Siempre ha sido así, hoy mucho más. Argentina y los países de América del Sur entendieron que seguir con un esquema colonial de usufructo de estas riquezas es un embargo para nuestra prosperidad. Nuestra economía real del futuro pasa por el control de esos recursos y su uso inteligente.

A través del sistema ARGOS, el Reino Unido monitorea temperaturas, salinidad y corrientes submarinas de todo el mar antártico. La carrera es por el patentamiento de la diversidad biológica para fines de farmacéuticos, es por el control de los recursos mineros sumergidos en la plataforma continental y por el control de los tal vez existentes recursos hidrocarbúricos de los subsuelos.

Un rompecabezas dinámico

La geopolítica es un rompecabezas dinámico, las movidas de anticipación modifican el modo en que van calzar las próximas piezas, desplazando el horizonte de lo posible y rediseñando la forma final del cuadro. Nunca se sabe cómo se va a quedar, sólo sabemos que si no participamos del juego nunca habremos condicionado su forma conforme a nuestros intereses.

Re-pensarse implica activar nuestra "imaginación geopolítica"⁴, para pasar del determinismo geográfico a la posibilidad geográfica⁵, y por tanto, del determinismo juricista a la posibilidad política.

⁴ Cfr. John Agnew, *Geopolitics: Re-Visioning World Politics*, London, Routledge, 1998.

⁵ Cfr. John O'Loughlin, *New Geopolitics*, En: John O'Loughlin, *Dictionary of Geopolitics*, Westport, Greenwood Press, 1994